

Por la autora de
La princesa de hielo

Camilla Läckberg

Los vigilantes del faro



MAEVA

**Camilla
Läckberg**

Los vigilantes del faro

Por la autora de *La princesa de hielo*

Traducción:

CARMEN MONTES CANO



MAEVA

Solo cuando colocó las manos en el volante se dio cuenta de que las tenía ensangrentadas. Notaba las palmas pegajosas sobre la funda de piel. Pero no hizo caso, metió marcha atrás y salió derrapando del acceso al garaje. Oyó el chisporroteo de la grava impulsada por los neumáticos.

Tenían por delante un largo viaje. Echó una ojeada al asiento trasero. Sam dormía envuelto en el edredón. En realidad, debería ir sentado y con el cinturón puesto, pero no tuvo valor de despertarlo. Tendría que conducir con el mayor cuidado posible. Instintivamente, levantó el pie del acelerador.

Ya empezaba a clarear la noche estival. Las horas más oscuras se terminaban casi antes de empezar. Aun así, aquella noche se le antojaba eterna. Todo había cambiado. Fredrik tenía los ojos castaños clavados en el techo, y ella comprendió que no podía hacer nada. Debía salvarse y salvar a Sam. No pensar en la sangre, no pensar en Fredrik.

Solo existía un lugar en el que refugiarse.

Seis horas después ya habían llegado. Fjällbacka empezaba a desprezarse. Aparcó el coche delante del edificio de Salvamento Marítimo y reflexionó un instante sobre cómo llevarlo todo. Sacó un paquete de pañuelos de la guantera y se limpió las manos lo mejor que pudo. No era fácil eliminar la sangre. Luego sacó el equipaje del maletero y, tan aprisa como le fue posible, arrastró las maletas hacia Badholmen, donde se encontraba el

barco. Le preocupaba que Sam se despertara, pero había cerrado el coche para que no pudiera salir y caer al agua. Con mucho esfuerzo, metió las maletas en el barco y soltó la cadena que impedía que lo robaran. Luego corrió de vuelta al coche y sintió un gran alivio al ver que Sam seguía durmiendo. Lo llevó en brazos al barco sin destaparlo. Trató de mirarse los pies al entrar, y lo consiguió sin dar un resbalón. Con mucho cuidado, dejó a Sam en el pañol y giró la llave de arranque. El motor emitió un sonido ronco y se puso en marcha al primer intento. Hacía mucho tiempo que no lo conducía, pero tenía la sensación de que no le costaría gobernarlo. Retrocedió para salir del amarradero y se alejó por la bocana del puerto.

El sol brillaba, pero aún no había empezado a calentarse. Notó que la tensión iba cediendo, que la tenaza bajo la cual la había tenido el horror de aquella noche iba perdiendo fuerza. Miró a Sam. ¿Y si lo ocurrido le hubiera afectado para toda la vida? Un niño de cinco años era un ser frágil, ¿quién sabe qué habría podido rompersele por dentro? Pero ella haría cuanto estuviera en su mano para repararlo. Para que expulsara el dolor, igual que cuando se caía con la bicicleta y se magullaba las rodillas.

La bocana del puerto le resultaba tan familiar... Conocía cada isla, cada atolón. Puso rumbo al faro de Väderö y se fue alejando más y más por la costa. Las olas empezaban a batir más altas y la proa restallaba contra la superficie del agua después de superar cada cresta. Le encantaba la sensación del agua marina salpicándole en la cara y se permitió cerrar los ojos unos segundos. Cuando volvió a abrirlos, avistó el islote de Gråskär en la distancia. El corazón le brincó en el pecho. Como siempre que la isla surgía ante su vista, con la cabaña y el faro irguiéndose blanco y orgulloso hacia el cielo azul. Aún se hallaba lejos para poder distinguir el color de la casa, pero recordaba el tono gris claro y las ventanas pintadas de blanco. Igual que recordaba el rosa pálido de las malvarrosas que crecían al pie de la fachada que se

alzaba al socaire. Aquel era su refugio, su paraíso. Su querido Gråskär.

La iglesia de Fjällbacka estaba abarrotada hasta el último banco y se veía el coro rebosante de flores. Coronas, ramos y preciosas cintas de seda para el último adiós.

Patrik no era capaz de mirar el ataúd blanco que surgía en el centro de aquel mar de flores. Reinaba entre los muros de la iglesia un silencio sobrecogedor. En los entierros de gente mayor siempre se oía un tenue murmullo. Frases del tipo «ha sido una bendición, teniendo en cuenta cuánto sufría», que la gente intercambiaba mientras aguardaba el momento de tomar café en la iglesia, después de la ceremonia. Aquel día, en cambio, no se oía el susurro de una charla semejante. Todos guardaban silencio sentados en sus bancos, con el corazón encogido y con un sentimiento de injusticia en su interior. Esas cosas no debían suceder.

Patrik carraspeó un poco y miró al techo tratando de controlar el llanto. Le apretó la mano a Erica. El traje le rozaba y le picaba, y se aflojó el cuello de la camisa en busca de más aire. Se sentía como si estuviera asfixiándose.

Las campanas de la torre empezaron a repicar, y el eco de su sonido resonó entre las paredes. Muchos se sobresaltaron al oírlas y volvieron la vista al ataúd. Lena salió de la sacristía y se encaminó al altar. Ella fue quien los casó en aquella iglesia en lo que se les antojaba un tiempo remoto, otra realidad. En aquella ocasión el ambiente era distinto, alegre, animado y luminoso. Ahora la vieron seria. Patrik trató de interpretar la expresión de su cara. ¿Pensaría Lena, como él, que aquello era un error? ¿O estaría convencida de que todo lo que ocurría tenía sentido?

El llanto volvió a aflorarle a los ojos y Patrik se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano. Erica le pasó un pañuelo muy discretamente. Cuando se extinguió el resonar del último acorde del órgano, todo quedó en silencio unos segundos, hasta que

Lena tomó la palabra. La voz le tembló ligeramente al principio, pero fue cobrando firmeza poco a poco.

—La vida puede cambiar radicalmente en un instante. Pero Dios está con nosotros, incluso un día como hoy.

Patrik la veía mover la boca, pero pronto dejó de prestar atención a sus palabras. No quería oír aquello. La escasa fe de la infancia que lo había acompañado a lo largo de la vida acababa de desaparecer. Lo sucedido no tenía sentido alguno. Una vez más, volvió a apretar la mano de Erica entre las suyas.

—Tengo el orgullo de comunicaros que vamos manteniendo el calendario. Dentro de algo más de dos semanas, se celebrará por todo lo alto la inauguración de Badis, los baños de Fjällbacka.

Erling W. Larson se irguió y paseó la mirada por los miembros del consejo municipal, como si esperase un aplauso. Tuvo que contentarse con unos gestos mudos de aprobación.

—Es un triunfo para la comarca —explicó—. La renovación total de lo que casi puede considerarse una joya, al tiempo que ofrecemos un centro de salud moderno y competitivo. O un centro de *spa*, que es la forma elegante de llamarlo. —Hizo el gesto de las comillas en el aire—. No queda ya más que perfilar los últimos detalles, invitar a varios grupos a que prueben las instalaciones y, naturalmente, rematarlo todo para la grandiosa fiesta de apertura.

—Suena fenomenal. Solo tengo unas dudas. —Mats Sverin, que ocupaba desde hacía dos meses el puesto de jefe de la sección de economía, blandía el bolígrafo para atraer la atención de Erling.

Pero este fingió no haberlo oído. Detestaba todo lo relacionado con la administración y la contabilidad. Se apresuró a declarar cerrada la sesión y se retiró al espacioso reducto que era su despacho.

Tras el fracaso del programa de telerrealidad *Fucking Tanum*, nadie creyó que fuese a recuperarse, pero allí estaba otra vez, con un proyecto más grandioso aún. Él, por su parte, nunca

había abrigado la menor duda, ni siquiera cuando los vientos críticos soplaban con toda su dureza. Él era un triunfador nato.

Cierto era que le había costado mucho, y por esa razón se fue a descansar al centro de salud Ljuset, en la región de Dalecarlia. Fue un golpe de suerte, porque de no haber ido allí, no habría conocido a Vivianne. Aquel encuentro supuso un giro copernicano, tanto en lo profesional como en el ámbito privado. Ella lo cautivó como ninguna mujer hasta entonces, y lo que él estaba a punto de hacer realidad era el sueño de Vivianne.

No pudo resistir la tentación de echar mano del teléfono y llamarla. Era la cuarta vez aquel día, pero el sonido de su voz se extendía como un cosquilleo por todo el cuerpo. Contuvo la respiración mientras oía el tono de llamada.

—Hola, cariño —dijo cuando ella respondió—. Solo quería saber cómo estabas.

—Erling —dijo Vivianne con ese tono de voz tan especial que lo hacía sentir como un muchacho enfermo de amor—. Estoy tan estupendamente bien como cuando me llamaste hace una hora.

—¡Cómo me alegro! —respondió Erling sonriendo como un bobo—. Solo quería asegurarme de que estás bien.

—Lo sé, y te quiero por eso. Pero tenemos mucho que ultimar antes de la inauguración, y no querrás que tenga que quedarme trabajando por las noches, ¿verdad?

—Desde luego que no, querida.

Decidió no volver a molestarla más con sus llamadas. Las noches eran sagradas.

—Sigue trabajando, que yo haré lo mismo. —Lanzó un par de besos al auricular antes de colgar. Luego se retrepó en el sillón, cruzó las manos en la nuca y se permitió soñar un rato con los deleites inminentes de aquella noche.

En la casa olía a cerrado. Annie abrió todas las puertas y ventanas para que el aire fresco soplara por todas las habitaciones. La corriente estuvo a punto de volcar un jarrón, pero ella consiguió atraparlo en el último segundo.

Sam estaba acostado en la pequeña habitación contigua a la cocina. Siempre la habían llamado el cuarto de invitados, pese a que era la suya. Sus padres dormían en el piso de arriba. Se asomó a verlo, se echó un pañuelo por los hombros y fue a buscar la enorme llave oxidada que solían tener colgada de un clavo en la cara interior de la puerta de la casa. Luego se encaminó con ella a las rocas. El viento le traspasaba la ropa y, con la casa a su espalda, contempló el horizonte. El único edificio que se veía, aparte de esa casa, era el faro. El cobertizo que había junto al embarcadero era tan pequeño que apenas contaba. Se encaminó al faro. Gunnar habría engrasado la cerradura, porque la llave giró con una facilidad sorprendente. La puerta chirrió un poco cuando la abrió. Una vez dentro, los peldaños empezaban casi directamente, y Annie se agarró a la barandilla mientras subía por la escalera angosta y empinada.

La belleza de las vistas la dejó sin aliento, como siempre. A un lado se veían solo el mar y el horizonte; al otro se extendía el archipiélago con sus islas, islotes y atolones. Hacía muchos años que había dejado de usarse el faro. Ahora se mantenía en la isla como un monumento a tiempos pretéritos. La luz se había extinguido y las planchas metálicas y los pernos se oxidaban poco a poco bajo el efecto del viento y del agua marina. De niña le encantaba jugar allí arriba, en un espacio tan reducido, como una casa de juegos elevada muy por encima del suelo. Los únicos muebles que cabían eran la cama, donde descansaban los vigilantes del faro durante las largas guardias nocturnas, y una silla desde la que observaban las aguas.

Se tumbó en la cama. La colcha olía a moho, pero los sonidos que la rodeaban eran los mismos de la niñez. El grito de las gaviotas, las olas azotando el acantilado, el crujido y el jadeo del propio faro. Entonces todo era tan sencillo. Sus padres se preocupaban pensando que, al ser la única niña de la isla, llegara a aburrirse. No tenían por qué. A ella le encantaba estar allí. Y no estaba sola. Aunque eso no podía contárselo a sus padres.

Mats Sverin suspiraba y arrastraba los documentos de un lado a otro de la mesa. Era uno de esos días en que no podía dejar de pensar en ella. No podía dejar de preguntarse... En días como aquel, no le cundía mucho el trabajo, aunque cada vez eran menos frecuentes. Había empezado a olvidarse, al menos eso quería creer. La verdad era más bien que nunca lo conseguiría del todo. Aún era capaz de imaginar su cara perfectamente y, en cierto modo, se alegraba de ello. Al mismo tiempo, deseaba que la imagen se volviera borrosa, desvaída.

Trató de concentrarse otra vez en el trabajo. Los mejores días podía incluso pensar que era entretenido de verdad. Constituía un reto entender y controlar la economía de un ayuntamiento, con sus eternas alternativas entre consideraciones políticas y lo razonable desde el punto de vista del mercado. Claro que, durante los meses que llevaba trabajando allí, había tenido que invertir gran parte de su tiempo en el Proyecto Badis. Se alegraba de que hubieran rehabilitado por fin el viejo edificio. Al igual que la mayoría de los habitantes de Fjällbacka, tanto los que seguían viviendo allí como los que se habían mudado a otra ciudad, lamentaba siempre al pasar el abandono en que había caído un edificio tan hermoso. Ahora había recuperado su esplendor.

Esperaba que Erling tuviera razón y se cumplieran sus promesas grandilocuentes sobre el éxito del negocio. Pero él tenía sus dudas. El proyecto ya había acarreado grandes costes de renovación, y la planificación económica se basaba en cálculos demasiado optimistas. Mats había intentado exponer sus opiniones en más de una ocasión, pero nadie se dio por enterado. Además, tenía la desagradable sensación de que algo no encajaba, pese a que había repasado el proyecto económico una y otra vez sin encontrar nada, salvo que el coste acumulado era enorme.

Miró el reloj y comprobó que era la hora del almuerzo. Hacía mucho que no tenía apetito de verdad, pero sabía que debía alimentarse. Hoy era jueves, así que tocaban tortitas y sopa de guisantes con tocino en el Källaren. Por lo menos algo debería poder comer.

Solo los más allegados asistirían al entierro. Los demás se fueron marchando en silencio en sentido contrario, hacia el centro del pueblo. Erica se agarró fuerte de la mano de Patrik. Iban los dos justo detrás del ataúd y sentía cada paso como una descarga eléctrica en el corazón. Había intentado convencer a Anna para que no se organizara así, pero su hermana había insistido en que quería que fuera un entierro de verdad. Y aquel deseo la había sacado momentáneamente de la apatía, de modo que Erica abandonó todo esfuerzo por tratar de convencerla y le ayudó con los preparativos necesarios para que Anna y Dan pudieran enterrar a su hijo.

Sin embargo, había un punto en el que no cedió a los deseos de la hermana. Anna quería que también estuvieran los niños, pero Erica decidió que los pequeños se quedaran en casa. Solo asistieron las dos mayores, Belinda y Malin, las hijas de Dan. Lisen, Adrian, Emma y Maja se quedaron con Kristina, la madre de Patrik, al igual que los gemelos, naturalmente. Erica se preocupó un poco pensando si no sería demasiado para Kristina, pero su suegra le aseguró muy tranquila que se las arreglaría para mantener vivos a los niños las dos horas que durara el entierro.

Se le encogía el corazón al ver la cabeza casi calva de Anna. Los médicos tuvieron que raparle el pelo para poder perforar el cráneo y aliviar la presión, que amenazaba con provocar lesiones permanentes si no lo remediaban. Ya había empezado a crecerle algo de pelusilla, pero era más oscura que su melena.

A diferencia de Anna, y del conductor del otro coche, que murió en el acto en el accidente, Erica salió milagrosamente bien parada. Sufrió una fuerte conmoción cerebral y se fracturó un par de costillas. Los gemelos nacieron muy pequeños, prematuramente y mediante cesárea urgente, pero eran fuertes y sanos y pudieron dejar el hospital al cabo de dos meses.

Erica casi se echa a llorar cuando apartó la vista de la cabeza vellosa de la hermana y posó la mirada en el pequeño ataúd blanco. Aparte de las lesiones craneales, Anna se había fracturado la pelvis. También a ella le practicaron una cesárea urgente, pero el niño había sufrido tantas lesiones y tan graves que los

médicos apenas les dieron esperanzas. Y, cuando cumplió una semana, el pequeño dejó de respirar.

El entierro tuvo que esperar, ya que Anna seguía en el hospital. Pero ayer por fin pudo volver a casa. Y hoy enterraban a su hijo, que habría llevado una vida colmada de amor. Erica vio que Dan le ponía la mano en el hombro a Anna mientras aparcaba la silla de ruedas junto a la tumba. Anna le apartó la mano. Así se comportaba desde el accidente. Como si su dolor fuera tan intenso que no pudiera compartirlo con nadie más. En cambio Dan sí necesitaba compartir el suyo, pero no con cualquiera. Tanto Patrik como Erica habían intentado hablar con él, y todos sus amigos hacían lo que podían. Pero él no quería compartir la pena más que con Anna. Y ella era incapaz.

Para Erica, la reacción de su hermana resultaba incomprendible. La conocía muy bien y sabía por lo que había pasado. La vida había sido muy dura con ella y este golpe amenazaba con destruirlo todo. Pero aunque Erica lo comprendía, deseaba que las cosas hubieran sido diferentes. Anna necesitaba a Dan más que nunca, y Dan la necesitaba a ella. Ahora se comportaban como dos extraños, el uno al lado del otro, mientras bajaban la cajita para enterrarla.

Erica alargó el brazo y le puso a Anna la mano en el hombro. Anna no la rechazó.

Presa de una energía nerviosa, Annie empezó a limpiar y a fregar. Ventilar abriendo las ventanas había surtido un efecto benéfico, pero el olor a cerrado persistía en las cortinas y en la ropa de cama, y lo fue arrojando todo a un gran cesto de ropa con el que bajó al muelle. Armada con algo de jabón y la vieja tabla de lavar que había en la vivienda desde que tenía memoria, se remangó y empezó el duro trabajo de lavar todo a mano. De vez en cuando echaba una ojeada a la casa para asegurarse de que Sam no se había despertado y había salido a la calle. Pero el pequeño dormía mucho, demasiado. Tal vez a consecuencia de la conmoción, seguro que le hacía bien tanto descanso. Una

hora más, decidió Annie, luego lo despertaría para que comiera algo.

En ese momento cayó en la cuenta de que no habría nada de comer. Tendió la ropa en el tendedero, delante de la casa, y entró para mirar en los armarios. Una lata de sopa de tomate Campbells y otra de salchichas a la cerveza de Bullen fue cuanto encontró. No se atrevió a mirar la fecha de caducidad, pero se suponía que ese tipo de comestibles duraban una eternidad, y Sam y ella se las arreglarían con eso un día, al menos.

No la tentaba la idea de ir al centro. Allí se sentía segura. No quería ver a nadie, solo estar tranquila. Annie reflexionó un instante, con la lata en la mano. Solo había una solución. Tendría que llamar a Gunnar. Él le había cuidado la casa después de morir sus padres, y seguramente, podría pedirle ayuda. El teléfono fijo ya no funcionaba, pero el móvil tenía buena cobertura, así que marcó el número.

—Sverin.

El nombre despertó en ella tantos recuerdos que dio un respingo. Le llevó unos segundos serenarse lo suficiente para poder hablar.

—¿Hola? ¿Quién es?

—Sí, hola, soy Annie.

—¡Annie! —exclamó Signe Sverin.

Annie sonrió. Siempre quiso a Signe y a Gunnar, y era un sentimiento mutuo.

—Tesoro, ¿eres tú? ¿Llamas desde Estocolmo?

—No, estoy en la isla. —Comprobó sorprendida que se le hacía un nudo en la garganta. Solo había dormido unas horas y estaría hipersensible por el cansancio. Se aclaró la garganta—. Llegué ayer.

—Pero mujer, tendrías que habernos avisado y habríamos ido a limpiar, tiene que estar todo sucísimo y...

—No pasa nada —dijo Annie interrumpiendo sin brusquedad la retahíla de Signe. Había olvidado lo mucho y lo rápido que hablaba—. Lo habéis cuidado todo muy bien. Y no pasa nada porque haya lavado la ropa y limpiado un poco.

Signe resopló.

—Bueno, a mí me parece que podrías haber pedido ayuda. De todos modos, ahora Gunnar y yo no tenemos nada que hacer. Ni siquiera nietos de los que ocuparnos. Pero Matte se ha mudado, ha vuelto de Gotemburgo. Le han dado un puesto en el Ayuntamiento de Tanum.

—¡Qué alegría para vosotros! ¿Y cómo es que tomó esa decisión?

Podía imaginarse a Matte. Rubio, admirado por todos y siempre alegre.

—Pues no lo sé. La verdad es que fue bastante repentino. Pero sufrió un accidente y luego me ha dado la impresión de que... Bueno, no me hagas caso, son cosas de una vieja que le da demasiadas vueltas a la cabeza. ¿Y tú qué, Annie? ¿Quieres que hagamos algo por ti? ¿Has venido con tu hombrecito? Nos encantaría verlo.

—Sí, he traído a Sam conmigo, pero está pachucho.

Annie calló de pronto. Nada la alegraría más que el hecho de que Signe conociera a su hijo. Pero no antes de que se hubieran instalado bien en la isla, no antes de que ella hubiera podido comprobar hasta qué punto le había afectado lo sucedido.

—Precisamente, quería preguntaros si podíais ayudarme. Aquí apenas hay comida, y no quiero sacar a Sam a la calle y llevarlo al centro...

No había terminado la frase cuando Signe la interrumpió.

—Pues claro, te ayudamos de mil amores. Gunnar tiene que salir esta tarde con el barco de todos modos, y yo puedo ir a compraros algo de comida. Dime lo que necesitas.

—Tengo aquí dinero en metálico para dárselo luego a Gunnar, si podéis adelantaros vosotros.

—Por supuesto, querida. Venga, dime qué voy poniendo en la lista.

Annie podía ver ante sí cómo Signe se ponía las gafas de cerca en la punta de la nariz mientras alargaba la mano en busca de papel y lápiz. Agradecida, le dijo lo que se le iba ocurriendo que podían necesitar. Incluso una bolsa de caramelos para Sam, o sería un problema cuando llegara el fin de semana. Controlaba

perfectamente los días de la semana y, desde el domingo, empezaba a contar cuántos días faltaban para la bolsa de caramelos del sábado siguiente.

Cuando terminó la conversación, pensó si no debería entrar y despertar a Sam. Pero algo le dijo que más valía dejarlo dormir un rato todavía.

No había trabajo en la comisaría. Con una delicadeza inusitada, Bertil Mellberg le había preguntado a Patrik si quería que los compañeros fueran al entierro. Pero él meneó la cabeza. Hacía tan solo unos días que había vuelto al trabajo y todo el mundo lo trataba con muchísima discreción. Incluso Mellberg.

Paula y Mellberg fueron los primeros en llegar al lugar del accidente. Cuando vieron los dos coches, irreconocibles de lo arrugados que estaban, pensaron que era imposible que hubiera habido supervivientes. Miraron por la ventanilla de uno de los coches y reconocieron a Erica en el acto. Solo había transcurrido media hora desde que la ambulancia fue a buscar a Patrik a la comisaría, y su mujer estaría muerta o, al menos, gravemente herida. El personal de la ambulancia no pudo darle información precisa sobre la extensión de las lesiones, y el trabajo de los bomberos a la hora de cortar el coche para sacarla fue de una lentitud insoportable.

Martin y Gösta estaban en la calle y recibieron el aviso del accidente y del colapso de Patrik varias horas después. Se dirigieron al hospital de Uddevalla, donde dedicaron toda la noche a recorrer el pasillo, a la espera. Patrik estaba en cuidados intensivos, y tanto a Erica como a su hermana Anna, que iba a su lado en el coche, las estaban operando de urgencia.

Pero Patrik ya había vuelto. Gracias a Dios, no sufrió un infarto, tal y como temieron en un principio, sino solo una angina de pecho. Al cabo de tres meses de baja por enfermedad, los médicos le permitieron volver al trabajo, no sin advertirle muy seriamente que no debía estresarse. A saber cómo se hacía eso, pensó Gösta. Con un par de gemelos casi recién nacidos

en casa, y lo que le había ocurrido a la hermana de Erica. El mismísimo diablo se estresaría en una situación así.

—¿No crees que deberíamos haber ido de todos modos? —preguntó Martin removiendo el café con la cucharilla—. Puede que Patrik dijera que no, pero que en realidad esperase que hubiéramos acudido.

—No, yo creo que Patrik fue sincero. —Gösta rascaba detrás de la oreja a *Ernst*, el perro de la comisaría—. Seguro que ha ido mucha gente. Aquí somos más útiles.

—¿A qué te refieres? Si no ha llamado ni el gato en todo el día.

—La calma que precede a la tempestad. Según se vaya acercando julio, echarás de menos los días sin borracheras, atracos y peleas.

—Tienes razón —dijo Martin. Él siempre había sido el más jovencito de la comisaría, pero ya no se sentía tan verde. Tenía varios años de experiencia y había participado en varias investigaciones de las peores. Además, había sido padre, y en cuanto Pia dio a luz a su hija, se sintió como si hubiera crecido varios palmos.

—¿Has visto la invitación que nos ha llegado? —Gösta alargó el brazo en busca de una galleta *Ballerina*, antes de comenzar con el proceso habitual de separar cuidadosamente la parte más clara, con agujero, de la base, más oscura.

—¿Qué invitación?

—Al parecer vamos a tener el honor de ser conejillos de indias en ese sitio nuevo que están construyendo en Fjällbacka.

—¿Te refieres a *Badis*? —preguntó Martin algo más animado.

—Sí señor, el nuevo proyecto de Erling. Esperemos que vaya mejor que la locura aquella de *Fucking Tanum*.

—Pues a mí me parece estupendo. Muchos hombres se ríen ante la sola idea de hacerse un tratamiento facial, pero yo me lo hice una vez en Gotemburgo y no te imaginas lo agradable que fue. Tuve la piel como el culito de un bebé durante semanas.

Gösta miró con desagrado a su joven colega. ¿Tratamiento facial? Por encima de su cadáver.

—Bueno, ya veremos lo que ofrecen. Espero que al menos tengan buena cocina. Quizá un bufé de postres.

—No lo creo —rio Martin—. En esos sitios se trata más de guardar la línea que de llenar la tripa.

Gösta lo miró con expresión ofendida. Él pesaba exactamente lo mismo que cuando terminó el instituto. Resopló, ya con otra galleta en la mano.

Cuando llegaron a casa, reinaba un caos total. Maja y Lisen estaban saltando en el sofá, Emma y Adrian se peleaban por una película de DVD, y los gemelos lloraban a pleno pulmón. La madre de Patrik parecía a punto de arrojarse por un acantilado.

—¡Gracias a Dios que estáis aquí! —no pudo por menos de exclamar la mujer, y dejó a los gemelos, en pleno ataque de llanto, con Patrik y Erica—. No comprendo qué les ha pasado. Están como locos. Y a estos dos he intentado darles de comer, pero cuando estoy con uno, llora el otro, y entonces el que está comiendo se distrae, no puede comer y se pone a llorar también y... —La mujer calló para tomar aliento.

—Siéntate, mamá —dijo Patrik. Fue a buscar un biberón para Anton, que era el gemelo al que tenía en brazos. El pequeño tenía la cara como un tomate, y lloraba con toda la potencia que permitía un cuerpecillo tan pequeño.

—¿Te puedes traer también el biberón de Noel? —preguntó Erica, que trataba de consolar al otro bebé.

Anton y Noel eran aún tan pequeños. No como Maja, que ya de bebé era grande y rolliza. Aun así, eran enormes en comparación con cuando nacieron. Como polluelos se los veía en las incubadoras, llenos de tubos conectados a aquellos bracitos. Eran unos luchadores, decían en el hospital. No tardaron en recuperarse y empezaron a crecer enseguida, pues casi siempre comían con mucho apetito. Sin embargo, ella seguía preocupada.

—Gracias. —Erica se sentó en un sillón con el biberón que le daba Patrik y con Noel en brazos. El pequeño empezó a comer

enseguida chupando con avidez. Patrik se sentó en el otro sillón con Anton, que dejó de llorar tan rápido como su hermano. Desde luego, no poder amamantarlos tenía sus ventajas, pensó Erica. Podían repartirse la responsabilidad de los pequeños, lo que fue imposible con Maja: entonces tenía la sensación de que su hija se pasaba las veinticuatro horas pegada al pecho.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó Kristina. Bajó a Maja y a Lisen del sofá y les dijo que fueran a jugar al cuarto de Maja. Emma y Adrian ya estaban arriba, ellos no se habían hecho de rogar.

—Pues qué quieres que te diga —respondió Erica—. Me preocupa Anna.

—Y a mí. —Patrik se rebulló un poco en el sillón para encontrar una postura más cómoda—. Tengo la impresión de que está aislándose de Dan. Lo está dejando fuera.

—Lo sé. He intentado hablar con ella, pero después de todo lo que ha pasado... —Erica meneó la cabeza. Era tan injusto... Anna había vivido durante años en lo que bien podía calificarse como un infierno, pero últimamente parecía haber hallado la paz de espíritu. Y se sentía tan feliz por el hijo que esperaban ella y Dan... Sí, lo ocurrido era una crueldad inexplicable.

—Emma y Adrian parecen llevarlo bastante bien. —Kristina echó una mirada hacia el piso de arriba, desde donde se oían las risas de los dos pequeños.

—Sí, eso parece —dijo Erica—. En estos momentos se alegran sobre todo de que su madre haya vuelto del hospital. Pero no estoy segura de que no reaccionen a lo ocurrido más adelante.

—Supongo que tienes razón —dijo Kristina mirando a su hijo—. ¿Y tú, cómo estás? ¿No deberías quedarte en casa un poco más y descansar como es debido? Nadie te agradecerá que te mates trabajando en la comisaría. Lo que te ha pasado es un aviso.

—Bueno, por ahora, la cosa está más tranquila allí que en casa —dijo Erica mirando a los gemelos—. Pero tienes razón, yo ya se lo he dicho.

—Volver al trabajo me ha sentado muy bien, pero si me lo pidieras, me quedaría en casa un poco más, ya lo sabes. —Patrik

dejó el biberón vacío en la mesa y recostó a Anton sobre su hombro para que eructara.

—Ya nos las arreglamos perfectamente.

Erica era totalmente sincera. Cuando nació Maja se sentía como si viviera envuelta en una espesa niebla permanente, pero ahora todo era distinto. Tal vez porque los acontecimientos que rodearon la llegada de los gemelos no dejaron lugar para la depresión. Además, el hecho de que hubieran adquirido unas rutinas fijas en el hospital constituía una ventaja. Ahora dormían y comían estupendamente según un horario y, además, al mismo tiempo. Así que no, no le preocupaba lo más mínimo si sería o no capaz de cuidar sola a sus hijos. Disfrutaba cada segundo que podía pasar con ellos, con lo cerca que había estado de perderlos.

Cerró los ojos, se inclinó y pegó la nariz a la cabecilla de Noel. Por un instante, la pelusilla del pequeño le recordó a Anna, y cerró los ojos con más fuerza aún. Ojalá se le ocurriera un modo de ayudar a su hermana, porque por ahora se sentía bastante impotente. Respiró hondo, como para consolarse con el aroma de Noel.

—Mi niño —susurró con la boca pegada a su cabeza—. Mi niño.

—¿Qué tal van las cosas en el trabajo? —Signe trató de usar un tono aséptico mientras servía en el plato pastel de carne picada, guisantes, puré de patatas y salsa de nata. Una buena ración.

Matte no había hecho sino remover la comida en el plato desde que volvió al pueblo, a pesar de que ella le preparaba sus platos favoritos cada vez que cenaba con ellos. La cuestión era si comía algo cuando estaba solo en su apartamento. En todo caso, estaba flaco como un pajarillo. Por fortuna, al menos tenía un aspecto más sano ahora que las secuelas de la agresión habían desaparecido. Cuando fueron a verlo en el hospital Sahlgrenska, Signe no pudo reprimir un grito de horror. Lo habían destrozado. Tenía la cara tan inflamada que a duras penas se veía que era él.

—Bien.

Signe dio un respingo al oír su voz. Había tardado tanto en responder a su pregunta que ya se le había olvidado. Matte araba el puré con el tenedor y pinchó un trozo de pastel de carne. Signe se sorprendió conteniendo la respiración mientras seguía con la mirada el trayecto del tenedor hacia la boca.

—Deja de mirar al muchacho mientras come —masculló Gunnar, que ya estaba sirviéndose por segunda vez.

—Perdón —dijo Signe—. Es que..., es que me alegra tanto verlo comer.

—Mamá, no me estoy muriendo de hambre. ¿Lo ves? Estoy comiendo. —Como para confirmar que estaba equivocada, volvió a cargar el tenedor y se lo llevó enseguida a la boca, antes de que la comida se cayera.

—No te harán trabajar de más en el ayuntamiento, ¿verdad?

Gunnar volvió a mirarla irritado. Pensaba que era sobreprotectora, eso lo sabía Signe, y decía que debería dejar en paz al muchacho. Pero Signe no podía evitarlo. Matte era su único hijo, y desde el día de diciembre en que nació, pronto haría cuarenta años, se despertaba de vez en cuando con el camisón empapado después de una pesadilla en la que lo veía sufrir espantos y horrores. No había nada más importante para ella en la vida que el bienestar de Matte. Siempre lo vio así. Y sabía que a Gunnar le pasaba lo mismo, que quería a su hijo tanto como ella; pero se le daba mejor ahuyentar los malos presentimientos que llevaba aparejados el amor a un hijo.

Ella, por su parte, era perfectamente consciente de que podía perderlo todo en un instante. Cuando Matte era un bebé, soñaba con fallos cardiacos no detectados, y obligaba a los médicos a realizar exámenes exhaustivos que demostraban que el pequeño tenía una salud excelente. El primer año no dormía más de una hora seguida, porque tenía que levantarse continuamente para comprobar que seguía respirando. Cuando creció un poco y hasta que empezó la escuela, le partía la comida en trocitos para que no se atragantara y se asfixiara. Y soñaba con coches que se estrellaban contra aquel cuerpecillo blando.

En la adolescencia, los sueños de Signe empezaron a cobrar un cariz aún más negro. El coma etílico, el conducir borracho, las peleas. A veces daba tales vueltas en la cama que despertaba a Gunnar. Tales pesadillas febriles se sucedían unas a otras, y la obligaban a esperar despierta, mirando a ratos por la ventana, a ratos al teléfono, hasta que Matte llegaba a casa. Y le saltaba el corazón en el pecho cada vez que oía que alguien se acercaba.

Empezó a pasar las noches más tranquila cuando Matte se mudó. En realidad, fue muy extraño, debería haber aumentado sus temores, ya que no podía cuidarlo continuamente. Pero sabía que su hijo no correría riesgos innecesarios. Era precavido, al menos eso había sabido inculcárselo. Y era cariñoso y nunca sería capaz de hacerle daño a nadie. Pero su lógica implicaba que no hubiese nadie dispuesto a hacerle daño a él.

Sonrió al recordar todos los animales que Matte le había llevado a lo largo de los años. Heridos, abandonados o solamente necesitados. Tres gatos, dos erizos atropellados, un gorrión con el ala rota. Por no hablar de la serpiente que Signe descubrió por casualidad cuando fue a guardarle los calzoncillos limpios en el cajón. Después de aquel incidente, Matte tuvo que prometer con la mano en el pecho que abandonaría a los reptiles a su destino, con independencia de lo heridos o desahuciados que estuvieran. Y él aceptó a regañadientes.

Le sorprendía que no hubiese estudiado veterinaria o medicina. Pero parecía estar a gusto con sus estudios en la Escuela Superior de Ciencias Económicas y, por lo que se veía, el muchacho tenía cabeza para los números. También parecía encontrarse a gusto con el trabajo en el ayuntamiento. Aun así, había algo que la inquietaba. No era capaz de decir qué, pero las pesadillas habían vuelto. Todas las noches se despertaba sudorosa, con retazos de imágenes en la cabeza. Algo iba mal, pero sus preguntas discretas solo recibían silencio por toda respuesta. De ahí que se hubiera concentrado en conseguir que comiera. Solo con que ganara unos kilos de peso, la cosa iría bien.

—¿No quieres un poco más? —suplicó cuando Matte dejó el tenedor con el plato a medias.

–Pero Signe, déjalo ya –dijo Gunnar–. Déjalo en paz.

–No pasa nada –respondió Matte sonriendo con desgana.

El niño de mamá. No quería que su madre se ganara las reprimendas del padre por su culpa, aunque después de cuarenta años con él, sabía que era más ladrador que mordedor. Imposible encontrar a un hombre más bueno. Como en tantas ocasiones, Signe sintió remordimientos. Sabía que era ella la equivocada, que hacía mal en preocuparse tanto.

–Perdona, Matte. No tienes que comer más, claro.

Se dirigió a él con el apodo que tenía desde que empezó a hablar y no sabía decir bien su nombre. Decía que se llamaba Matte, y así empezaron a llamarlo todos.

–¿Sabes quién está aquí de visita? –continuó en tono alegre, y empezó a recoger los platos para quitar la mesa.

–No, ni idea.

–Annie.

Matte se sobresaltó y se la quedó mirando.

–¡Annie! ¿Mi Annie?

Gunnar soltó una risotada.

–Ya, ya. Ya sabía yo que eso te despabilaría. Sigues teniendo debilidad por ella, ¿eh?

–Anda ya.

Signe vio de pronto ante sí al adolescente, con el flequillo tapándole los ojos mientras les contaba balbuciendo que se había echado novia.

–Le he llevado un poco de comida –dijo Gunnar–. Está en la Isla de los Espíritus.

–Huy, no la llares así –dijo Signe, estremeciéndose al oír el nombre–. Se llama Gråskär.

–¿Cuándo ha llegado? –preguntó Matte.

–Ayer, creo. Y se ha traído al chico.

–¿Y cuánto se queda?

–Dice que no lo sabe. –Gunnar se puso una pulgarada de tabaco bajo el labio y se retrepó satisfecho en la silla.

–¿Y está... está como siempre?

Gunnar asintió.

—Sí hombre, claro que está como siempre, la pequeña Annie. Tan guapa como siempre. Con la mirada algo triste, o eso me ha parecido a mí, pero puede que hayan sido figuraciones mías. Quizá haya tenido alguna pelea en casa. Quién sabe.

—Bueno, con esas cosas no hay que especular —lo reprimió Signe—. ¿Has visto al niño?

—No, Annie salió a recibirme al muelle y no me podía quedar mucho rato. Pero ve a visitarla, hombre. —Gunnar se dirigió a Matte—. Seguro que se alegra de ver gente en la Isla de los Espíritus. Perdón, Gråskär —añadió mirando con sorna a su mujer.

—Eso son tonterías y viejas supersticiones. No creo que haya que fomentarlas —dijo Signe con el ceño fruncido.

—Annie sí cree —dijo Matte en voz baja—. Siempre decía que sabía que estaban allí.

—¿Quiénes? —En realidad, Signe quería cambiar de tema, pero al mismo tiempo aguardaba expectante la respuesta de Matte.

—Los muertos. Decía que a veces los veía y los oía, pero que no querían hacer ningún daño. Que, simplemente, se habían quedado allí.

—Uf. Bueno, yo creo que lo mejor será que nos tomemos el postre. He hecho crema de ruibarbo. —Signe se levantó bruscamente—. Pero, aunque tu padre diga un montón de bobadas, tiene razón en una cosa: seguro que se alegra si vas a visitarla.

Matte no respondió. Parecía que el pensamiento lo hubiera llevado muy lejos.